B. Martín Sánchez
Prof. de Sagda. Escritura

VISITAS AL SANTISIMO

Para todos los días del mes fundamentadas en la Biblia

¡Dios está aquí!
¡Venid a adorarle!

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA

ISBN: 978-84-7770-355-6
Depósito legal: M. 3.545-2011
Imprime: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

PRESENTACION

Después de haber escrito varios libros de «Visitas al Santísimo» (al Santo de los santos) y meditaciones sobre este tema de la Eucaristía (los últimos: *«Hablemos con Dios»* y *«Dios vive entre nosotros»*. Edit. Egda. C/. Cinca, 6; 28002 MADRID), me ha parecido oportuno hacer unas nuevas VISITAS más BIBLICAS, más DOCTRINALES y BREVES para cada día del mes, y aquí las tenéis.

Mi deseo es contribuir con ellas a alejar la tibieza y el olvido de tantos cristianos, que pasan días y hasta años sin acercarse a Jesús sacramentado, y que nadie tenga que oír esta reprensión: *«En medio de vosotros hay uno a quien no conocéis»* (Jn. 1, 26).

A los que pertenecen a la «Adoración Nocturna Española», a las «Marías de los Sagrarios», a todos los amantes de Jesús Sacramentado, os dedico este libro de VISITAS para que con ellas contribuyáis a fomentar más y más el culto a Jesús en la Eucaristía, y hacer que se incremente de día en día el número de adoradores que le hagan compañía, ya que Él ha querido quedarse en el Sagrario por nuestro amor, y en el que nos espera a todos para que le correspondamos y pregonemos constantemente su presencia real entre nosotros.

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ

Zamora, 31 de marzo de 1985.

Día 1

¡DIOS ESTA AQUI! ¡VENID A ADORARLE!

Venid, adoremos al Señor, aclamemos a la Roca que nos salva, entremos a su presencia, dándole gracias, aclamándolo con cantos, porque el Señor es un Dios grande, y un rey más grande que todos los dioses.

En sus manos están las profundidades de la tierra, y son suyas las cumbres de las montañas. Suyo es el mar, porque Él lo hizo, la tierra firme que formaron sus manos.

Venid, adorémosle, postrémonos de rodillas ante Yahvé, que nos creó, porque Él es nuestro Dios y nosotros el pueblo que Él gobierna (Sal. 95).

«¡Dios está aquí! ¡Venid adoradores!» Así clamó en Madrid Juan Pablo II en su alocución a la Adoración Nocturna Española. «Adoremos a Cristo Redentor». «Con estas hermosas palabras el pueblo fiel español canta su fe en la Eucaristía». Y ¿qué es la Eucaristía? Es la Hostia consagrada, la que eleva el sacerdote en la santa Misa para ser adorada de los fieles..., la que luego se reserva en el Sagrario por estar en ella el mismo Jesucristo, Dios y hombre verdadero o se expone a la adoración pública de los fieles.

¡Dios está aquí! Esta presencia de Jesucristo en nuestros altares nos recuerda que el Dios de nuestra fe no es un ser lejano, sino un Dios muy próximo *cuyas delicias son estar con los hijos de los hombres* (Prov. 8, 31).

«Un Padre, que nos envía a su Hijo, *para que tengamos vida y la tengamos en abundancia*» (Jn. 10, 10). Un Hijo y hermano nuestro, que con su encarnación se ha hecho verdaderamente hombre, sin dejar de ser Dios, ha querido quedarse entre nosotros «*hasta la consumación del mundo*» (Mt. 28, 20).

La Eucaristía es el sacramento instituido por Jesucristo, en el cual Él mismo está presente bajo las especies de pan y vino y se da en alimento a los fieles.

La Eucarístía es un misterio de amor... un misterio de fe..., un misterio de la Omnipotencia divina, compendio de las maravillas del poder de Dios... Sus ángeles nos invitan a postrarnos en adoración perpetua ante Él: ¡Venid, adorémosle!

¡Oh, Señor; Tú eres el Omnipotente y Eterno, y has querido quedarte bajo los débiles accidentes de pan, tan humillado por mi amor. Haz que yo sepa humillarme y prosternarme al igual que las legiones de ángeles que están en continua adoración ante Ti. «Yo mismo, nos dice San Juan Crisóstomo, he visto a estos ángeles adoradores, que estaban allí, como los guardias alrededor del Rey, con la actitud del más profundo respeto, la cabeza inclinada, los ojos bajos, tales como los veinticuatro ancianos que el discí-

pulo amado vio delante del trono de Dios (Apoc. 5, 14).

Señor, Tú eres nuestra «Roca de salvación». Así te llamaba David, porque cuando huía de Saúl y de sus perseguidores se refugiaba en las rocas o peñas y cavernas, y oraba de esta manera: «Oh, Dios, Tú eres mi Roca de salvación», o sea, mi mejor refugio. Igualmente te digo yo ahora: «Tú eres también mi refugio y mi protector. A Ti te alabo porque eres el dueño y soberano de todos los hombres. Bendíceme».

Día 2

ACTO DE FE

> *La fe es el fundamento de las cosas que esperamos, una prueba de las que no vemos... Sin la fe es imposible agradar a Dios. Es preciso que quien se acerque a Dios crea que existe y es remunerador de los que le buscan* (Heb. 11, 1 y 6).
>
> *Porque tú, Señor, eres bueno y clemente, rico en misericordia con los que te invocan, escucha mi oración, atiende a la voz de mi súplica* (Sal. 86, 5-6).

Fe es *creencia* en las verdades reveladas y tenerlas por ciertas y verdaderas, por la autoridad de Dios que nos las ha manifestado.

¡Cuántas cosas no hemos visto y las creemos! Por eso decimos también que fe «es creer lo que

no vimos» por el testimonio de otro, y si creemos vg. lo que nos dicen nuestros padres y maestros, que pueden equivocarse, ¿no será más razonable creer lo que nos dice Dios, que no puede engañarse ni engañarnos?

La fe cristiana versa sobre cosas que no podemos percibir con los sentidos o no podemos comprender con nuestro entendimiento, entre otras: el misterio de la Santísima Trinidad, el Santísimo Sacramento, etc., y esto sucede porque Dios es infinito y no puede ser comprendido por nuestro limitado y débil entendimiento.

Señor, Tú que nos has dado la razón, nos has dado también la doctrina revelada, y Tú no puedes contradecirte. Yo puedo decir: No vi tu nacimiento en Belén, ni en tu vida pública presencié los muchos milagros que hiciste, ni la institución de la Eucaristía, ni te vi morir en el Calvario, ni después de resucitado subir al cielo desde el monte de los Olivos..., ni te veo ahora presente en la Eucaristía; pero creo firmemente en Ti, porque «tú tienes palabras de vida eterna» (Ju. 6, 68), y mi fe se apoya en ellas, las que veo consignadas en los Evangelios, libros históricos, íntegros y verídicos, que nos hablan de tu presencia real en este sacramento, instituido por Ti, y nos lo sigues enseñando por el Magisterio de la Iglesia durante todos los siglos.

Tu amor llegó hasta el extremo de prometernos la Eucaristía (Jn. 6, 26 y ss.) y de instituirla (Mt. 26, 26-28; Lc. 22, 19-20), confirmando tu real presencia en ella a través de tu apóstol Pablo con esta seria y solemne afirmación: «*El*

que come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente será reo del cuerpo y de la sangre del Señor... y come y bebe su condenación» (1 Cor. 11, 29-29).

Ante estas palabras tan graves y estos mandamientos tan solemnes y amenazas tan terribles, cabe preguntar: ¿Cómo podrá decir el apóstol que el que comulga indignamente traga su propia condenación, si el pan consagrado continuará siendo pan? No hay lugar a duda que Tú, Jesús y Salvador nuestro, por las palabras de la consagración estás real y verdaderamente presente en la Eucaristía, y porque lo creo firmemente todos los días vendré a visitarte y a dirigirte una breve súplica. Haz que mi fe sea cada día más viva en tu presencia. Bendíceme al retirarme a mis ocupaciones.

Día 3

LAS VISITAS AL SANTISIMO (1)

Quiero celebrarte, Señor, con todo mi corazón... Me postraré ante tu santo templo y alabaré tu Nombre por tu misericordia y tu fidelidad, porque has engrandecido tu nombre y tu promesa sobre todas las cosas (Sal. 138, 1-2).

Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que os mando (Jn. 15, 14). *Un amigo fiel es poderoso protector...* (Eclo. 6, 14).

En la encíclica «Misterium fidei», Pablo VI nos dice: «Durante el día, los fieles no omitan el hacer la visita al Santísimo Sacramento... La visita es prueba de gratitud, signo de amor y deber de adoración a Cristo Nuestro Señor, allí presente».

Y ¿qué significa la presencia de Cristo encerrado en el Sagrario día y noche? La debemos considerar como la presencia de un amigo, y cuando se quiere de verdad a un amigo, se tienen delicadezas con él. Por eso, Señor, mi visita a Ti, que eres el Santísimo, el Santo de los santos, quiere ser una delicadeza contigo, con el gran Amigo.

Tú fuiste el Amigo de los niños, de los pecadores y de todos. Tú eres el Amigo por excelencia, el que estás en el Sagrario por nuestro amor, con aquel mismo corazón que derramabas ternura y bondad por doquier, el que «pasaste por todas partes haciendo bien a todos».

Tú, oh, Jesús, estás ahora escondido, anonadado y como reducido a la impotencia en la Hostia Santa, y sin embargo eres el que calmaste con el imperio de tu voz al mar alborotado (Mt. 8, 25), el que dabas vista a los ciegos (Mt. 20, 34), el que curabas a los leprosos (Mt. 8, 2-4) y ante quien los demonios o potestades del infierno gritando y temblando huían a sus antros tenebrosos (Lc. 4, 4) y eres el mismo que resucitabas a los muertos (Lc. 7, 14)...

Ahora también nos esperas todos los días para que nos acerquemos a Ti y puedas derramar sobre nosotros tus muchos beneficios. Te tene-

mos cerca de nuestras casas, y algunos como sucede en las Comunidades de «Religiosos», te tienen en la misma casa, y si tenemos todos la dicha de tenerte entre nosotros, ¿no tendremos el deber de visitarte a diario, un deber de consejo, que la gratitud y el amor imponen a nuestros corazones?

Seríamos ingratos, Señor, si no nos acercáramos a Ti y así corresponder a las finezas de tu amor. Pío XII recomendaba la visita al Santísimo, y en la encíclica «Menti Nostrae», hay unas palabras, que aunque se refieren a los sacerdotes, son, sin embargo, aplicables también a los seglares: «El sacerdote antes de poner fin a su jornada de trabajo, acérquese al sagrario y allí dedíquese algún tiempo a adorar a Jesús en el sacramento del amor para reparar la ingratitud de innumerables almas hacia tan gran misterio, para encenderse cada vez más en el amor de Dios y permanecer en cierto modo, aun durante el tiempo de descanso nocturno que recuerda al espíritu el silencio de la muerte en presencia de Jesús».

Haz, Señor, que teniendo presente todos los cristianos la voz de tu Romano Pontífice, seamos constantes en visitarte en el Santísimo Sacramento del altar.

Día 4

VISITAS AL SANTISIMO (2)

El Señor espera seros propicio y ansía compadeceros de vosotros, pues el Señor es Dios justo. ¡Bienaventurados los que esperan en Él! (Is. 30, 18).

Jesús les dijo: Quedaos aquí y velad conmigo... Luego, viniendo a los discípulos, los halló dormidos, y dijo a Pedro: ¿De modo que no habéis podido velar conmigo una hora? (Mt. 26, 28 y 40).

Dios no abandona a su pueblo, sino que con infinita paciencia espera al pecador para moverlo a la conversión y compadecerse de él. Y ¿dónde espera ahora Dios al hombre? Le espera en el Sagrario, en la Eucaristía, y ¿para qué, Señor, me esperas a mí? Para recibirte en audiencia, para atender a tus peticiones. *Pedid y recibiréis... Venid a Mí todos...*

¿Qué reglas siguen nuestras visitas en el mundo? ¿A quién se las devolvemos? A nuestros superiores en testimonio de nuestro respeto; a nuestros bienhechores en testimonio de reconocimiento, y a nuestros amigos en testimonio de nuestra amistad.

Pero acaso Tú, Jesús, Salvador nuestro, ¿no eres nuestro Creador y Dueño absoluto, a quien debemos la existencia? ¿No eres nuestro Maes-

tro y Redentor y además nuestro gran Bienhechor y amigo desinteresado, generoso y fiel?

Nosotros solemos hacer las visitas a aquellos que nos las han hecho, y acaso, Señor, ¿no eres Tú el que ha venido a «visitar y redimir a tu pueblo», el que nos has visitado «surgiendo de lo alto para iluminar a los que estábamos en tinieblas y en sombras de muerte?» (Lc. 1, 68 y 78-79). ¡Oh, cuántos sacrificios te ha costado esta visita: encarnándote en Nazaret, naciendo pobre en un portal destartalado de Belén, viviendo luego sin comodidades precisas hasta llegar a decir: «el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Mt. 8, 20).

¿Cómo se explica que viniendo a los tuyos para amarlos y liberarlos del mal, fueras perseguido hasta ser llevado al Calvario y morir crucificado y luego descender para permanecer en el sagrario de nuestros altares? No tiene otra explicación que tu infinito amor: «por nosotros y por nuestra salvación descendiste del cielo».

¡Señor y Dios mío! Yo vengo hoy a visitarte, a orar, o sea, a conversar contigo como con un amigo. Vengo sí a hablarte de mis penas y alegrías, de mis preocupaciones y de los problemas que me aquejan. Mas Tú los sabes ya todos, Tú sabes lo que necesito, ayúdame a resolverlos... Que sepa «vigilar» contigo y no me halles jamás adormecido en estado de tibieza... Que sepa amarte y servirte cada día con más fervor. Bendíceme.

Día 5

LA CREACION NOS HABLA DE DIOS

Los cielos narran la gloria de Dios, y el firmamento proclama las obras de sus manos (Sal. 19, 2). *Vanos son, en verdad, todos los hombres que por naturaleza carecen del conocimiento de Dios, y que por los bienes visibles no alcanzan a conocer al que es; y por la consideración de las obras no conocieron al Artífice* (Sab. 13, 1).

La creación entera nos habla de Dios, pues «los atributos de Dios, su eterno poder y divinidad resultan visibles por la creación entera al ser percibidos por la inteligencia en las criaturas» (Rom. 1, 20).

Los hombres, conociendo a Dios y no queriéndole glorificar como a Dios y darle gracias, *son inexcusables*...

¡Cuántos, Señor, se han envanecido en sus razonamientos, y su insensato corazón se ha oscurecido y alardeando de sabios se hicieron necios!, ¡cuántos te blasfeman y se alejan de Ti! «Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen» (Sal. 115, 5-6).

«Pregunta a las bestias y ellas te enseñarán; a las aves del aire, y te lo dirán; a los reptiles de la tierra y te instruirán, y te lo harán saber los peces del mar. ¿Quién no ve en todo esto

que es la mano de Dios quien lo hace, de Dios, que es el Dueño de todo viviente, y el espíritu de todos los hombres?» (Job. 12, 7-10).

Y por tu profeta Isaías nos dices: «Alzad a los cielos vuestros ojos y mirad, ¿quién los creó?...» (40, 26). «Toda casa ha sido fabricada por alguno, pero el Hacedor de todas las cosas es Dios» (Heb. 3, 4)...

Como del efecto se sube a la causa, así de la contemplación de las criaturas, razonando se sube fácilmente al Autor de las criaturas. No tienen, pues, excusa los que no te honran como a Dios.

Señor, tu poder y divinidad se muestran a los ojos de la mente reflejados en las obras de la creación, y como a Ti te conocemos no sólo por la razón natural, sino especialmente por la revelación divina, y has querido hacerte hombre y nos has hablado directamente, sin intermediarios, y tenemos tus palabras en el Evangelio, y además sabemos por ellas que Tú, el Dios grande e inmenso, has descendido a nosotros hasta permanecer continuamente en el sagrario por nuestro amor, te pedimos que nos muevas con tu gracia a no dejarte de visitar en tu templo santo, para desagraviarte, adorarte y alabarte por tus infinitas perfecciones.

¡Viva Jesús Sacramentado! ¡Viva, y de todos sea amado!

Día 6

LA GRANDEZA DE DIOS Y NUESTRA PEQUEÑEZ

Oh, Señor, Soberano nuestro, ¡cuán admirable es tu Nombre en toda la tierra!... Cuando contemplo el cielo, obra de tus manos, la luna y las estrellas que has colocado en él, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él?, ¿o el mortal para que cuides de él? (Sal. 8, 2-5).

Señor, yo veo tu grandeza: Tú eres todo. Tú eres más que todas tus obras y estás por encima de todas nuestras alabanzas» (Eclo. 43, 29-32).

«Todo el mundo es delante de ti como un grano de arena en la balanza, y como una gota de rocío de la mañana, que cae sobre la tierra. Pero tienes piedad de todos porque todo lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres para traerlos a penitencia.

Pues amas todo cuanto existe, y nada aborreces de lo que has hecho; que no por odio hiciste cosa alguna. ¿Y cómo podría subsistir nada si Tú no quisieras, o cómo podría conservarse sin Ti? Pero a todos perdonas porque son tuyos, Señor, amador de las almas» (Sab. 11, 23-27).

Yo admiro que digas también por el profeta Isaías que «todas las naciones son como un grano de polvo en la balanza, como una nada y vanidad delante de Ti» (40, 15-17), y si esto son to-

das las naciones, ¿qué soy yo delante de Ti?...; mas reconozco que aunque insignificante y pecador, me amas por ser obra de tus manos.

Y lo que más admiro, Señor, es que siendo Tú tan grande e inmenso hayas querido venir a la tierra, hacerte hombre para sufrir por todos nosotros los hombres y hacer el milagro de quedarte en el sacramento del altar para ser nuestro compañero.

Mas ¿quién soy yo comparado con el universo creado por Ti? ¿Cómo es posible que pienses en este ser tan ruin que te ha ofendido tantas veces y te preocupes de él?

«¡Cuán admirable, Señor, es tu Nombre en toda la tierra!» Haz que te conozca más y más y cambie de vida y te alabe continuamente sin cesar y con mi conducta, teniendo en cuenta lo que nos dices por el salmista, pueda invitar a otros a que te alaben».

«Alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos; porque su misericordia se ha confirmado sobre nosotros y su fidelidad permanece para siempre» (Sal. 117).

Día 7

ADOREMOS AL SEÑOR

Venid, adorémosle (Sal. 95, 6). *Adórenle todos los ángeles de Dios* (Heb. 1, 6). *El Señor está en su templo; calle, pues, y enmudezca toda la tierra en su presencia* (Hab. 2, 20).

Con el Concilio de Trento diremos: «Nosotros creemos en nombre de la Iglesia, que en este Santísimo Sacramento está presente el mismo Dios, hecho hombre, Jesucristo, a quien el Padre eterno al introducirle en el mundo dijo: *Adórenle todos los ángeles de Dios*, a quien los magos postrándose le adoraron, y a quien, según la Biblia nos lo atestigua, le adoraron los apóstoles en Galilea».

En la Eucaristía estás, pues, Tú, Jesucristo, el Dios hecho hombre, y no en figura, sino en realidad.

La adoración es debida a sólo Dios, y como Tú estás en el Santísimo Sacramento y eres Dios, todos tenemos el deber de adorarte.

La adoración es el reconocimiento de tu infinita Majestad y de nuestra absoluta dependencia de Ti. Si Tú, Dios mío, eres el Ser Supremo, el creador del mundo y del hombre, todas las cosas y todas las criaturas proceden de Ti y de Ti dependemos. Yo, por tanto, soy hechura tuya y de Ti dependo. Y siendo Tú la suma omnipotencia y yo la suma debilidad, Tú eres todo, yo soy nada.

¿Por qué, pues, debo adorarte, Dios mío? Lo comprendo, porque al ser hechura tuya, dependo totalmente de Ti. Si me pregunto: ¿por qué existo yo?, tengo que decir con San Agustín: «Nosotros existimos porque Dios es bueno» y nos ama. Y precisamente, porque Tú, Dios nuestro, eres bueno y nos amas, demostrándolo no sólo por habernos creado y redimido, sino por haber querido permanecer a nuestro lado en el sagra-

rio, deber nuestro de justicia es corresponder a tu infinito amor.

En esto está la esencia de la adoración, y por lo mismo debo adorarte porque soy obra de tus manos, porque a Ti te debo el ser que tengo: *Ipse fecit nos...* Tú nos hiciste y no nosotros a nosotros mismos.

¡Jesús mío sacramentado! Te reconozco como Dios y te amo y te adoro, y te prometo ser una de las almas que se una a las muchas que van formando el ejército de la «Adoración real, perpetua y universal del Santísimo Sacramento».

¡Viva Jesús sacramentado! ¡Viva, y de todos sea amado!

Día 8

AVIVEMOS NUESTRA FE EN LA EUCARISTIA

No hay otra nación tan grande que tenga sus dioses tan cercanos, como está de nosotros nuestro Dios (Dt. 4, 7).

«Ciertamente, el Señor está en este lugar, y yo lo ignoraba». Y lleno de reverencia (Jacob) añadió: «¡Qué venerado es este lugar! No es sino la Casa de Dios y la puerta del cielo» (Gén. 28, 16-17).

En el libro sagrado del Génesis se nos refiere la visión de la escala de Jacob. Es una de las páginas más bellas de la Biblia. Allí es donde vemos que Tú, Dios nuestro, el inaccesible, te

revelaste cercano a los hombres. Un puente vemos arrojado entre el cielo y la tierra, entre el creador y las creaturas. Los hombres pueden hablar con Dios que los oye, y Dios les responde y les escucha.

Aquella escala por donde los ángeles subían y bajaban y en cuya cima estaba Dios, viene a ser figura de Jesucristo, que será el verdadero Puente que une el cielo con la tierra, puesto que es al mismo tiempo Dios y hombre.

En la Biblia se nos revela que el verdadero intermediario entre Dios y los hombres y verdadero Mediador ante el Padre, eres Tú, Jesucristo, Salvador nuestro (1 Tim. 2, 5), el que ahora has querido estar cercano a nosotros en el sagrario de nuestros templos; mas al entrar en ellos a veces tan distraidos, ¿no tendremos acaso que decir como Jacob: «Ciertamente, éste es un lugar santo y yo no lo sabía»?

Nuestro deber de cristianos es ponernos en comunicación contigo, Señor, por medio de la oración. Aumenta nuestra fe. Tú estás presente en el Santísimo Sacramento del altar, y lo creemos porque nos lo has dicho, y ya que en él nos esperas diariamente, te agradecemos el que por nuestro amor hayas querido permanecer entre nosotros, y por lo mismo bien podemos decir mejor que Moisés: «No hay nación tan grande que tenga sus dioses tan cercanos, como lo está de nosotros nuestro Dios».

Reconocemos, Señor, que hoy hay muchos fallos en la vida espiritual, que hay pocos adoradores que pasen un rato arrodillados ante Ti.

Hay crisis de vocaciones para el apostolado y para el bien, y no faltan defecciones... (*Crisis* viene del verbo griego *krineim*, que significa *juzgar*, y sin duda lo que estamos presenciando en el mundo es un *juicio* o prueba de Dios).

¿De dónde vienen estos fallos que presenciamos? Si bien lo observamos, es de la falta de un sólido fundamento, de la falta de fe en Ti, que nos hablas claramente en el Evangelio, de renuncia, de cruz, de sacrificio, de vida de oración y de sacramentos, verdaderos puntales de la vida espiritual...

Señor, aumenta mi fe, y concédeme la gracia de irla fomentando con la lectura de los Libros Santos y la frecuencia de tus sacramentos.

Día 9

LA IGLESIA, CASA DE DIOS

> *¡Oh, Señor!, Amo la morada de tu Casa, y el lugar donde reside tu Majestad* (Sal. 26, 8). *Esta es la Casa de Dios y la puerta del cielo...* (Gén. 28, 27).

El templo, nuestra Iglesia es la Casa de Dios, porque Él viene a ella todos los días. Y ¿cuándo viene? El Concilio de Trento nos lo dice así: «Ha sido siempre creencia de la Iglesia de Dios que después de la consagración están bajo las especies de pan y vino el verdadero cuerpo de

nuestro Señor y su verdadera sangre juntamente con su alma y divinidad».

Jesucristo viene, por tanto, a la Iglesia sobre el altar todos los días cuando el sacerdote consagra el pan y el vino, y queda en ellos bajo las especies sacramentales.

Así nos lo dice San Ambrosio al hacerse esta pregunta: «¿Cómo puede el pan ser cuerpo de Cristo?», y contesta: «Por la consagración». Pero ¿con qué palabras se hace la consagración? Con las palabras del Señor Jesús, o sea, con estas sus palabras: ESTO ES MI CUERPO... ESTA ES MI SANGRE... Las palabras de Cristo son, pues, las que obran la consagración. Todo lo demás que se dice anteriormente, las alabanzas de Dios, la oración por el pueblo, por los reyes o los que gobiernan, lo dice el sacerdote; mas en cuanto llega a la consagración, ya no usa el sacerdote palabras propias, sino palabras de Cristo. La palabra de Cristo es, pues, la que obra el sacramento... Si Cristo dice: ESTO ES MI CUERPO, ¿quién se atreverá a ponerlo en duda?»

Además tenemos el testimonio de los Santos Padres de la Iglesia y Doctores de todos los siglos, entre otros sólo recordaremos aquí el de San Cirilo de Jerusalén (siglo IV): «No debéis juzgar de estas cosas por el gusto, sino por la fe... Tened como cosa ciertísima que, después de la consagración, lo que parece pan a vuestros ojos, no es pan, aunque el gusto lo juzgue tal, sino el cuerpo de Jesucristo».

Yo creo firmemente, Jesús mío, que estás presente en la Eucaristía, porque tú que eres el

Dios omnipotente nos lo has dicho y nos lo repites por tu Iglesia a través de todos los siglos. Por tanto, cuando el sacerdote dice en tu nombre y en tu persona: «Esto es mi cuerpo», ahí estás tú presente. Reconozco, pues, que por las palabras de la consagración en la santa Misa, tú vienes al templo sobre el altar..., y al venir al templo y permanecer en él todos los días, él es la Casa de Dios.

Señor, haz que pueda venir diariamente a visitarte. Bendíceme.

Día 10

SEAMOS DIGNOS DE HOSPEDAR AL SEÑOR

> *Señor, ¿quién podrá morar en tu Tabernáculo? ¿Quién habitará en tu monte santo? El que vive sin mancilla y obra la justicia y piensa verdad en su corazón. No calumnia, no hace mal a su semejante, ni admite calumnias contra su prójimo; el que tiene por despreciable al réprobo y honra en cambio a los temerosos de Dios* (Sal. 15, 1-).
>
> «*Mi casa será llamada casa de oración* (Mt. 21, 13). *¿No sabéis que sois templos de Dios...?* (1 Cor. 6, 9).

Hoy, Señor, recuerdo la escena de tu entrada en el templo de Jerusalén, cuando lleno de celo por la gloria de Dios arrojaste de allí a cuantos

vendían y compraban en él, diciéndoles: Escrito está: «Mi casa será llamada casa de oración»; pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones» (Mt. 21, 12-13).

Aquel templo antiguo de los judíos era digno de gran respeto porque en él manifestaba Dios su presencia bajo una nube; pero ¡cuánta mayor veneración, respeto y amor debemos tener a nuestras iglesias donde está nuestro Dios no como en figura, sino que todo es realidad!

Es cierto que Tú, como Dios que eres, llenas el universo con tu presencia e inmensidad y en todas partes tienes derecho a nuestro respeto y amor; pero quieres ser de un modo especial respetado y amado en nuestras iglesias porque en ellas has querido permanecer sacramentado por nuestro amor: «¡He aquí el Tabernáculo de Dios entre los hombres!» (Apoc. 21, 3).

Pero «Dios no sólo habita en templos construidos por los hombres, sino principalmente en el alma hecha a imagen de Dios». Así lo dice San Pablo: «El templo de Dios es santo; ese templo sois vosotros». «Antes de redimirnos Cristo, fuimos casa del diablo; pero después, merecimos ser casa de Dios» (S. Cesáreo de Arles).

Nuestro deber de cristianos es no ensuciar jamás el alma con la fealdad del pecado, y permanecer siendo templos de Dios.

¡Oh, Jesús, Redentor nuestro! Tú que has descendido a la tierra «por nosotros y por nuestra salvación», eres el que puedes colmarnos de tus bienes, y, al venir a nosotros por la Eucaristía, aumentarnos la vida sobrenatural con una ma-

yor efusión del Espíritu Santo y así ser nuestra alma digna morada tuya.

San Pablo nos dice: «¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en vosotros y, por tanto, no os pertenecéis? Habéis sido comprados a gran precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo» (1 Cor. 6, 19-20).

Ya que tu apóstol, Señor, nos exhorta a «no apagar el Espíritu Santo en nosotros» arrojándolo por el pecado mortal, concédenos el vivir siempre en tu gracia, y vivir a este fin santamente en tu presencia.

Día 11

EL PAN DEL CIELO

> *Escucha, pueblo mío, mi enseñanza...; relataremos a la generación venidera la gloria de Yahvé y su poderío y las maravillas que Él hizo...; mas los hijos de Israel continuaron pecando porque no creyeron a Dios ni confiaron en su auxilio. Con todo ordenó a las nubes en lo alto, abrió las puertas del cielo y llovió sobre ellos maná para su sustento, dándoles pan del cielo. Comió el hombre pan de ángeles* (Sal. 78).

Así nos hablas Tú, Dios nuestro, por el salmista y al hacerte hombre para convivir con los hombres, dijiste: «*Yo soy el pan de vida; vuestros padres comieron el maná en el desierto y*

murieron. Este es el pan que baja del cielo, para que el que lo coma no muera. Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre, y el pan que yo le daré es mi carne, vida del mundo» (Jn. 6, 48-51). «*El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré el último día* (Jn. 6, 54).

Veo, Jesús mío, que el pan que prometiste es tu misma carne, y lleva consigo la inmortalidad feliz para el alma y la garantía de la resurrección eterna para el cuerpo. Y ¿por qué dices que «vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron?» Acaso los que comemos este pan bajado del cielo, que es tu carne, no morimos también?

Respondemos con San Agustín: murieron ellos y moriremos también nosotros, pero visible y corporalmente, pero nosotros *no moriremos espiritualmente*. Cristo se refería no a la vida terrena, sino a la vida espiritual y eterna, y así les dijiste: «El que come mi carne y bebe mi sangre tendrá vida eterna» (Jn. 6, 55).

El que coma, pues, este pan bajado del cielo con buenas disposiciones tendrá vida eterna, y el que no lo coma así, no la tendrá, por morir con el pecado a la vida de la gracia, y se tragará su propia condenación (1 Cor. 11, 27).

¿Qué hemos de hacer ante esta lección que nos das, sino cuidar de comer el pan celestial santamente, o sea, limpios de pecado?

Concédeme, Señor, la dicha de vivir siempre en tu gracia y poderme acercar así diariamente a recibirte en la comunión.

¡Viva Jesús sacramentado! ¡Viva, y de todos sea amado!

Día 12

DISPOSICIONES PARA COMULGAR (1)

Quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Examínese, pues, el hombre a sí mismo, y entonces coma del pan y beba del cáliz; pues el que come y bebe sin discernir el cuerpo del Señor, come y bebe su condenación. Por eso hay entre vosotros muchos débiles y enfermos y mueren muchos (1 Cor. 11, 27-30).

Yo veo, Señor y Dios mío, en estas palabras, la realidad de tu presencia bajo los accidentes del pan y del vino, una vez realizada la consagración. Si tú no estuvieras presente en la Eucarisía ¿cómo podrían figurar en la Escritura Santa palabras tan graves (como ya otro día consideramos) de que uno sea reo de tu cuerpo y de tu sangre?

¿Cómo, pues, deberé yo acercarme a recibirte en la comunión? Con las debidas disposiciones, porque el que participa del cuerpo y de la sangre de Cristo *indignamente*, o sea, siendo reo de culpa grave, comete una execrable irreverencia y come y bebe su condenación.

«Examínese» uno seriamente antes de comul-

gar, es decir, como enseña el Concilio de Trento y han repetido últimamente los Papas, «nadie que tenga conciencia de pecado mortal, por mucho que le parezca estar contrito, debe acercarse a la Sagrada Eucaristía sin previa confesión sacramental».

San Pablo nos dice que en la primitiva Iglesia morían bastantes y los santos Padres de la Iglesia han entendido estas palabras de enfermedades y muertes físicas, que se manifestaban en medio de aquellos fieles en castigo de su profanación de la adorable Eucaristía.

Las condiciones que exige la Iglesia para comulgar dignamente, son: 1) *Estado de gracia*, o sea, limpios de pecado mortal; 2) *Buena intención*, es decir, saber a quien se va a recibir; 3) *Fe viva*, fervor, humildad y modestia, y 4) *Guardar el ayuno eucarístico*, o sea, no haber comido ni bebido nada desde una hora antes de comulgar. El agua no rompe el ayuno.

El comulgar diariamente pide disposiciones lo más perfectas posibles, ante todo *no tener afecto voluntario al pecado venial*, lo que se conoce cuando se hacen esfuerzos para corregirse y se sienten remordimientos al cometer su propósito; mentiras, murmuraciones, sensualidades, etcétera. No hemos de ser escrupulosos, pero sí delicados de conciencia.

Señor, concédeme la gracia de vivir lo más santamente posible y aumentar en mí el deseo de acercarme dignamente a recibirte en la comunión.

Día 13

DISPOSICIONES PARA COMULGAR (2)

(Historia de la hemorroisa):

Una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años y había sufrido grandemente de muchos médicos, gastando su hacienda sin provecho alguno, antes iba de mal en peor, como hubiese oído lo que se decía de Jesús, vino entre la muchedumbre por detrás y tocó su vestido; pues se decía: Si tocare siquiera su vestido, seré sana.

Al punto se secó la fuente de la sangre, y sintió en su cuerpo que estaba curada de su mal. Jesús en el acto, al conocer en sí mismo que una virtud había salido de Él, se volvió entre la gente y dijo: ¿Quién ha tocado mis vestidos? Dijéronle sus discípulos: Ves la turba que te oprime, y preguntas: ¿Quién me ha tocado?... (Mc. 5, 25-31).

Notemos que Jesús se halla en medio de la muchedumbre, de todos los lados se le acercan y tocan, y Él no dice nada; pero esta mujer toca la orla de su vestido y una fuerza divina sale del Salvador. Él lo siente y pregunta: ¿Quién me ha tocado?... Maestro, dice Pedro, todo el mundo te toca. No, contesta Jesús, *alguien me ha tocado*, yo he sentido salir virtud de Mí...

¿Qué es lo que esto nos demuestra? Que hay dos maneras de tocar a Jesús. Una que le deja completamente insensible: es la manera de tocar la multitud, con tacto vulgar que el Salvador no nota. Otra que le mueve hasta el fondo del corazón, hasta el punto que una virtud milagrosa sale de Él y va a curar al que le ha tocado... ¡Oh, qué pensamiento más instructivo!...

Esta escena del Evangelio se repite con frecuencia. Veamos un día de comunión: La multitud se acerca al altar. Todos van a tocar a Jesús. ¿Cuántos le tocarán hasta hacer estremecer su corazón? Sólo los que lo hacen con la fe de la hemorroisa... «*alguien* me ha tocado», ¡no todos!

Señor Jesús, la conducta de la hemorroisa me enseña las disposiciones que debo llevar a la comunión. Lo que le movió a ella para acercarse a Ti, fue la convicción del mal que sufría, la ineficacia de los remedios, la fe en tu divinidad. Y ¿cuáles deben ser mis motivos, sino la convicción de mis miserias espirituales, la necesidad que tengo de Ti, porque sólo Tú puedes dar la virtud que puede curar las enfermedades del alma y una fe viva en tu presencia real en el Santísimo Sacramento? Con estas disposiciones podré luego oír de Ti: «*Confía, hija, tu fe te ha salvado*».

Esta mujer nos enseña a todos el modo de acercarnos a Jesús: con *humildad y con confianza* plenamente en el poder del remedio: «*Si tocare siquiera su vestido, sanaría*».

La causa de nuestra tibieza, de la ineficacia

de nuestras comuniones, ¿acaso no es la falta de confianza en el poder de este divino alimento?

La hemorroisa, según un comentarista, era la santa Verónica que siguió a Jesús y enjugó su rostro camino del Calvario. Ella rompe con todo respeto humano y en aquel lienzo se verificó la grabación de la sansa Faz. Señor, que yo aprenda a no dejarme llevar del respeto humano y no me avergüence de haberte recibido. Graba en mí tu imagen y que mi persona sea una representación viva de la tuya, y que después de comulgar pueda oír de ti: «*Confía, tu fe te ha salvado*».

Día 14

¿POR QUE DEBEMOS COMULGAR FRECUENTEMENTE?

> *El cáliz de bendición que bendecimos o consagramos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?, y el pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, un solo cuerpo somos muchos; pues todos participamos de un solo pan* (1 Cor. 10, 16-17). *El que come de este pan vivirá eternamente* (Jn. 6, 58).

Notemos que el «pan» y el «cáliz» son la carne y la sangre del Señor, la Eucaristía, de la cual participamos por la comunión del pan y del cáliz, formando así una íntima unión con Cristo.

¿Por qué debemos comulgar frecuentemente? Para tener siempre vida divina en nosotros, pues como nos dice el Concilio de Trento: «este sacramento nos libra de los pecados veniales y nos preserva de los mortales» y además nos hace vivir a los cristianos más unidos a Dios y entre sí.

La Eucaristía es para el alma lo que el pan es para el cuerpo, una arma contra la muerte; el día en que yo no pudiera servirme de este arma, quedaría expuesto a la caída. La muerte del alma es el pecado, y *vencer el pecado, sostener y alimentar una vida sobrenatural* para permanecer fieles a Dios, he aquí el verdadero motivo que debe conducirnos a la Mesa santa.

Debemos comulgar fervorosamente porque sin este medio es moralmente imposible tener la fuerza necesaria para vencer todas las dificultades y tentaciones, que se hallan en la práctica de la virtud. ¡Tan débiles somos!

Si entre el alimento y nuestro ser hay unión muy íntima y una profunda asimilación, entre Cristo y nosotros hay una unión más íntima y una gran transformación, pues como la Eucaristía no es alimento «muerto», sino «vivo», lo que ocurre es que nosotros no cambiamos este alimento «vivo, espiritual» en nosotros, sino que Él, por ser de naturaleza superior, nos cambia a nosotros en Él, o sea, en «nuevos hombres», haciéndonos más castos, más humildes, más santos...

«Comunión» significa «unión común» y por ella nos hacemos «uno» con Cristo, como dice Santo Tomás. Si comulgamos, Cristo viene a no-

sotros y se hace «uno con nosotros», Él sigue siendo Dios y nosotros hombres, pero hombres de Dios, una cosa con Él.

¡Oh, Jesús, Salvador nuestro! ¡Cuántos bienes concedéis a una comunión bien hecha! Ante todo la *gracia de unión,* unión de amor estable, de permanencia en la mayor intimidad de mi alma contigo. Tú cumples la promesa: «*El que come este pan permanece en Mí y Yo en él... y vivirá por Mí*»; es decir, que tendrá no vida terrena y animal, sino tu vida, vida de pureza, de humildad, obediencia, mansedumbre, paciencia, etc. y podrá decir: «*No soy yo quien vivo, sino Cristo es quien vive en mí*» (Gál. 2, 20).

Por la comunión me incorporo, Señor, a Ti, y cada vez que comulgo, mi cuerpo es tu Tabernáculo vivo, santificado con tu presencia y me obligas a conservarlo con gran pureza, y si me esfuerzo en no transigir con el mal, tú calmarás el ardor de mis pasiones.

Señor, ayúdame con tu gracia a ser un alma verdaderamente cristiana y santa.

Día 15

JESUCRISTO, FUENTE DE VIDA

> *Yo soy la vida... y he venido para que las almas tengan vida y la tengan abundante* (Jn. 14, 6; 10, 10). *El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y Yo le resucitaré en el último día* (Jn. 6, 54).

Todos los seres vivientes de la creación necesitan alimento. Todo el que vive debe sostener la vida por alimentos tomados fuera de él. Dios es el único que no está sometido a esta ley porque Él es *la Vida misma,* pues Jesús dijo: *Yo soy la Vida* (Jn. 14, 6) y se proclama el «*Autor de la Vida*» (Jn. 11, 27; Hech. 3, 15), y *vino para que las almas tengan vida* (Jn. 10, 10). Él se la da a todos los seres de la creación.

El alimento debe ser proporcionado a la naturaleza del ser que lo recibe. Y ¿cuál es el alimento de mi cuerpo? El pan de la tierra, porque mi cuerpo viene de la tierra y volverá a la tierra: *Polvo eres y al polvo volverás* (Gén. 3, 19). ¿Cuál es el alimento del alma? El pan del cielo, porque ella viene del cielo y volverá a él...: «*El polvo o cuerpo volverá a la tierra que antes era, y a Dios retornará el espíritu que Él le dio*» (Ecl. 12, 7).

Y ¿dónde hallar este pan del alma? Escuchemos la palabra de Jesús: «*Yo soy el pan vivo bajado del cielo*» (Jn. 6, 41). *Mi carne es verdadera comida* (Jn. 6, 56). He aquí el alimento de mi alma.

Jesús quiere dársenos en alimento de un modo sacramental, pero real, y muestra su deseo de que nos acerquemos a Él al decir: «*Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros...*» (Lc. 22, 15) y porque al instituir la Eucaristía «recibió el pan y les dijo: *Tomad y comed: Esto es mi cuerpo* (Mt. 26 26).

Además sus promesas y amenazas nos manifiestan su deseo de que comulguemos frecuen-

temente: *El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna; y en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del Hombre ni bebéis su sangre no tendréis vida en vosotros»* (Jn. 6, 53-55).

Todo manjar supone la vida, y por esto mismo el efecto principal del pan eucarístico no es otro que aumentar y conservar la vida espiritual ya existente en nosotros. Ella nos da no sólo la gracia, sino al Autor de la gracia y por ella adquirimos el derecho a la resurrección por la inmortalidad.

¡Oh, Jesús mío! Tú que deseas ser mi alimento, haz que yo sepa cada día recibirte más dignamente para fortalecerme contra las pasiones, para ser más perfecto, para no enfermar. Tú eres el Médico divino y puedes curarme... Haz que todos los días de mi vida pueda recibirte y venir a visitarte en el templo santo. Así sea.

Día 16

LA SANTA MISA

> *Así dice el Señor: No tengo en vosotros complacencia alguna, no me son gratas vuestras ofrendas, porque desde que nace el sol hasta el ocaso es grande mi nombre entre las gentes y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio, una oblación pura; porque grande es mi nombre entre las naciones* (Mal. 1, 11).

Hagamos una breve reflexión sobre la santa Misa «en cuya comparación, como dijo Pío XII, nada puede ser tan honroso y agradable a Dios». La santa Misa es el sacrificio de la Nueva Ley, el mismo sacrificio que hizo Jesucristo de su propia vida en el Calvario, pendiente de la cruz, para satisfacer a Dios por nuestros pecados.

El sacrificio de la cruz bastó para redimirnos por ser de valor infinito, y si ahora se renueva y actualiza en el sacrificio de la Misa, no es para añadir eficacia a aquél, sino para «aplicarnos» los frutos o gracias del sacrificio del Calvario.

Según la profecía de Malaquías vendría un día en que en todo lugar se ofrecería al Señor un sacrificio puro, renovado y actualizado en toda la redondez de la tierra. Y este sacrificio no es otro que el de la Misa, renovación perpetua del sacrificio de la Cruz, que vino a sustituir todos los sacrificios de la antigua ley, pues desde Jesucristo no ha habido otro sacrificio que éste de la Misa.

San Agustín dirá a este propósito: «Abrid los ojos por fin, y ved cómo de Levante a Poniente, no en un lugar solamente, sino en todos, se ofrece el sacrificio de los cristianos; no a un Dios cualquiera, sino al que predijo esto, al Dios de Israel» (Adv. Jud. 9).

Jesucristo es nuestra Víctima y nuestro sacrificio... Más de trescientas mil Misas se celebran todos los días en la tierra, y no hay instantes del día y de la noche en que no se ofrezca este sacrificio. Cuando acaba en Europa em-

pieza en América. Este es el sacrificio del Nuevo Testamento, el sacrificio digno de Dios.

La esencia de la Misa está en la consagración, y en ésta se consagra primero el cuerpo de Cristo y luego separadamente su sangre, para representar mejor a Cristo como víctima en el sacrificio, pues la Misa es el sacrificio del cuerpo y de la sangre de Jesucristo que se ofrece a Dios por ministerio del sacerdote en memoria y renovación del sacrificio de la cruz. En la consagración, pues, se convierten el pan y el vino en el sagrado cuerpo y en la preciosísima sangre de Jesús. Y en este punto culminante de la Misa es también donde se hace presente el sacrificio del Calvario, porque sobre el altar está aquel cuerpo que murió por nosotros en la cruz y aquella sangre que en ella fue derramada.

El Concilio de Trento nos dice: «El único sacrificio que Cristo ofreció de manera cruenta en la cruz, se renueva y prolonga de manera incruenta en el altar y nos aplica los frutos de la redención».

La escena del Calvario ahora se representa, se hace presente y se actualiza sobre el altar en la santa Misa, y allí sigue Jesús adorando e intercediendo por nosotros ante Dios, y pidiendo perdón por nuestros pecados.

Haz, Jesús, que yo sepa en la Misa, *adorar, dar gracias, reparar mis ofensas y obtener nuevas gracias* por medio de Ti, ya que como sumo Sacerdote y Mediador, te inmolas místicamente por nosotros y también por nosotros intercedes (Heb. 7, 25).

Día 17

¿PARA QUE VIENE EL SEÑOR A NOSOTROS?

> *Cristo se dio a sí mismo en precio del rescate por todos* (1 Tim. 2, 6), *se ofreció una vez para quitar los pecados de todos* (Heb. 9, 28), *siendo propiciación por nuestros pecados y los de todo el mundo* (Ju. 2, 2). *La aspersión de su sangre habla mejor que la de Abel* (Heb. 12, 24). *Padre, perdónales, porque no saben lo que se hacen* (Lc. 23, 34).

Jesús, nuestro Dios, viene todos los días sobre el altar santo para defendernos contra la justicia o castigos de Dios.

Tanta es la malicia y la perversidad de la humanidad que parece pudiéramos aplicarnos hoy aquellas pálabras del Génesis (6, 12): «*Toda la tierra está llena de iniquidad...*». ¡Cuántos pecados, blasfemias, crímenes, se cometen todos los días!!... Y no pensamos que cada pecado es una voz que se eleva al cielo, y que clama venganza contra nosotros, como la sangre de Abel que clamó otro día contra Caín: «*Caín, ¿qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano está clamando a mí desde la tierra*» (Gén. 4, 10). ¿Por qué no caen más castigos sobre nosotros? ¿Quién podrá detener el golpe de la justicia divina sobre el mundo pecador? Miremos a Cristo sobre

el altar santo. Él es el que se interpone entre el cielo y la tierra, esto es, entre Dios Padre y los pecadores.

Un día Jesucristo en el Calvario, elevado entre el cielo y la tierra, ofreciendo su vida, sus dolores y su sangre a la justicia divina, dijo en favor nuestro: «*Padre, perdónales...*».

La santa Misa es el Calvario renovado, el sacrificio de Cristo en la cruz actualizado, la misma Víctima es elevada en nuestros altares... y en el momento que el sacerdote la eleva entre el cielo y la tierra, para ser vista y adorada de los fieles, Jesús repite al Padre: «*Padre, perdónales...*».

Si nosotros, pues, no somos heridos por los golpes de la justicia divina, por nuestras iniquidades que claman venganza al cielo como la sangre de Abel..., si el rayo no aplasta al blasfemo, si la tierra no se abre para tragar al criminal y al impúdico..., es porque hay en el altar santo sangre de la Víctima inmaculada y santa, sangre que clama más elocuente que la de Abel, que en vez de clamar venganza, clama misericordia: *Padre, perdónales...*

San Leonardo de Puerto Mauricio dijo un día: «Si no fuera por la Misa, a estas horas el mundo se habría hundido ya para siempre bajo el peso de sus crímenes».

¡Oh, Jesús Redentor nuestro! Ya que Tú te ofreces a Dios Padre para la salvación del mundo, concédeme la gracia de asistir a la santa Misa y a poder ser diariamente, para unir mis súplicas con las de las almas santas a las tuyas,

a la gran súplica que elevas al Padre en favor nuestro. Bendíceme. Yo me acojo a tu misericordia.

Día 18

LA PASION DE N. S. JESUCRISTO

Despreciado, desecho de los hombres, varón de dolores, conocedor de todos los quebrantos... Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados... y Yahvé cargó sobre Él la iniquidad de todos nosotros... Maltratado y afligido, no abrió la boca, como cordero llevado al matadero... y fue muerto por las iniquidades de su pueblo... y puesto entre malhechores (Is. 53, 3 y ss.).

Subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, que le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, y se burlarán de Él y le escupirán, y le azotarán y le darán muerte, pero a los tres días resucitará (Mc. 10, 33-34).

Aquí tenemos dos profecías: la primera predicha por Isaías ocho siglos antes de Jesucristo, y la otra del mismo Jesucristo víspera de su Pasión, y ambas fueron cumplidas (véase su Pasión en los Evangelios).

El misterio de tu Pasión, oh, Cristo, es un

misterio profundo. ¿Cómo explicarlo? ¿Cómo es posible que un Dios muera por el hombre? Para darnos una idea de este gran misterio, basta meditar: ¿quién es Dios y quién es el hombre? Dios es el sumo poder, la grandeza, la suma sabiduría, y el hombre es la impotencia, la debilidad, la dependencia.

Se comprende que el hombre haya sido creado, Señor, por ti para servirte y sacrificarte por Ti (y en esto consiste la dicha y la gloria del hombre); pero que un Dios que no necesita nada del hombre, ¡se sacrificase por el hombre!, es algo incomprensible. Tú creaste al mundo y al hombre, no para aumentar tu felicidad, porque ya eras eternamente feliz, sino solamente para hacernos a nosotros felices...; pero pecamos, y en vez de castigarnos de una vez para siempre, te haces hombre para poder sufrir por el hombre y redimirlo. ¿Cómo explicar esto?

Este misterio sólo se explica a la luz de la infinita misericordia de Dios. Jesús dijo: «*No hay mayor prueba de amor que dar la vida por sus amigos*» (Jn. 15, 13)... y ¿cuál no será morir por sus enemigos tan viles e ingratos?... En la Escritura Santa se nos revela que «*tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo para que el mundo fuese salvo por Él* (Jn. 3, 16-17).

Ahora se reproduce en la Misa el sacrificio de la cruz, pues por las palabras de la consagración la Víctima divina aparece sobre el altar. Él es «el pan vivo bajado del cielo y que da vida al mundo»; pero Jesucristo en el cielo como en el altar no sufre ni puede sufrir, porque se ha

lla en estado glorioso, ya que *«resucitó para nunca más morir»* (Rom. 6, 9); pero Él quiere que recordemos ahora su Pasión para aprovecharnos de sus méritos y participemos de su vida divina al recibirle en la comunión.

Cristo no es *indiferente* a las reparaciones y a los ultrajes o pecados actuales, y si alguna vez se dice que Él *sufre* es para significar que *padeció cuando podía padecer por la previsión clara, precisa y distinta de cada uno de los pecados de los hombres* hasta el fin del mundo. Además podríamos decir que Cristo *sufre* en cuanto los sufrimientos actuales de Cristo son los nuestros, por ser nosotros miembros del cuerpo místico de la Iglesia, cuya Cabeza es Cristo... Y si la Cabeza sufrió justo es que sufran sus miembros y le imitemos siguiendo su suerte en la Pasión y en la Resurrección. Señor, que yo sepa unir mis sufrimientos a los tuyos para reparar tantas ofensas como recibes...

Día 19

VALOR DEL SUFRIMIENTO

Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte (y toda clase de sufrimientos) (Rom. 5, 12; Gén. 3, 17 y ss.).

Cristo padeció por nosotros dándonos ejemplo para que sigamos sus pasos... Él llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre

el madero (de la cruz) (1 Ped. 2, 21 y 24). *Nosotros justamente padecemos porque hemos pecado* (Lc. 23, 41). *Te prueba el Señor, tu Dios, para ver si le amas con todo el corazón y con toda tu alma* (Dt. 13, 3). *El Señor a quien ama reprende y azota a todo el que recibe por hijo* (Heb. 12, 6). *Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielo* (Hech. 14, 21).

Los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación de la gloria que ha de manifestarse en nosotros (Rom. 8, 18).

Sabido es que el sufrimiento es inevitable en este mundo, el cual lleva el calificativo de un «valle de lágrimas», y como dijo Juan Pablo II: «El tema del sufrimiento es un tema universal que acompaña al hombre a lo largo y ancho de la geografía». Nadie quiere sufrir porque la naturaleza se resiente a cuanto la contraría, y el mérito está en saber sufrir.

La Escritura Santa nos dice que por Adán, el primer hombre, entró el pecado en el mundo y por el pecado el dolor y la muerte (Rom. 5, 12).

Jesucristo quiso hacerse hombre para poder sufrir por el hombre, y por medio del dolor redimirnos del pecado. Él triunfó del dolor y de la muerte, pues resucitó para nunca más morir. Nuestro camino es el de Cristo: sufrir y morir juntamente con Él para triunfar resucitado, y

así gozar eternamente con Él. «Por la cruz a la luz...».

Por eso «cuando se sufre debemos hacer intención de sufrir por Cristo y unir nuestros dolores a los suyos para ser portadores de méritos redentores» (Pablo VI).

Juan Pablo II en los días de Cuaresma (marzo 1981), dijo: «Queridos hermanos y hermanas que sufrís, que os sentís en desventaja física, ayudad con la oración y con el sacrificio de vuestros sufrimientos, de vuestra suerte dura, a los que están enfermos del alma. A veces ni lo saben, no se dan cuenta de lo enferma que está su alma inmortal. Han adormecido su conciencia y endurecido su corazón. ¡Ayudadlos a que les llegue la voz de Dios viviente, la voz que hable en la Quaresma con el sacrificio de la cruz de Cristo!»

El sufrimiento bien llevado y ofrecido a Dios es un gran apostolado. «Más almas se convierten con el dolor que con los más brillantes sermones»...

Pensemos que Jesucristo nos mostró su amor viniendo a nosotros por la encarnación, pues siendo Dios se hizo hombre: «Por nosotros y por nuestra salvación bajó del cielo...» ...y predicó y sufrió y murió por nosotros: «*Me amó y se entregó a la muerte por mí*» (Gál. 2, 20). Y aún más, se anonadó bajando a nuestros altares y quedándose en el sagrario para suavizar nuestro destierro con su presencia.

El dolor puede ser: castigo, expiación y enmienda de nuestros pecados; desprendimiento

de las criaturas; prueba de las almas justas; salvación para todos.

Señor, enséñame a sufrir, que sepa llevar por Ti mi cruz con amor y alegría. «Mirando a Jesús crucificado no te quejarás» y más sabiendo que *por la momentánea y ligera tribulación Dios nos prepara un peso eterno de gloria incalculable* (2 Cor. 4, 17).

Día 20

EL CORAZON DE JESUS

Dios es amor (1 Jn. 4, 8). *Me amó y se entregó a la muerte por mí* (Gál. 2, 20). *Él nos amó primero* (1 Jn. 4, 19). *Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo* (Jn. 13, 1). *Él nos redimió no con oro o plata corruptibles, sino con su sangre preciosa... por amor nuestro* (1 Ped. 1, 18-20).

¿Puede acaso una mujer olvidar a su pequeñuelo, de suerte que no se apiade del hijo de sus entrañas? Aunque ésta se olvidase, Yo no me olvidaré de ti (Is. 49, 14-15). *Te he sacado con perpetuo y no interrumpido amor...* (Jer. 31, 3)...

Estas palabras consignadas en los Libros Santos nos hablan, Señor, del grande amor que nos tienes. Tú diste la vida por salvarnos. Como tú dijiste: «*Nadie tiene mayor amor que aquel que*

da la vida por sus amigos» (Jn. 15, 13), y es más, como nos dices por tu apóstol: «el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado. Porque, cuando todavía éramos débiles, Cristo, a su tiempo, murió por los impíos. En verdad, apenas habrá quien muera por un justo; sin embargo, pudiera ser que muriera alguno por uno bueno; pero Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pacadores, murió Cristo por nosotros» (Rom. 5, 5-8).

El corazón es la imagen, el símbolo del amor. Hablar del Corazón de Jesús, es hablar del amor de Jesús, del amor que Él tiene a los hombres.

En todas las páginas del Evangelio se nos revela su gran amor a todos: a los niños, a los pobres, a los pecadores (tales son los ejemplos de la Magdalena, la mujer adúltera, el hijo pródigo, el buen ladrón, etc.).

Ciertamente, Jesús, tú eres nuestro Salvador, tu amor fue el que te llevó a encarnarte por nosotros en Nazaret, a nacer pobremente en Belén, a pasar luego treinta años de vida oculta en el mismo Nazaret y después a predicar el Evangelio o Buena Nueva de salvación a los hombres, y movido de compasión hacia cuantos te rodeaban, hiciste innumerables milagros; multiplicando los panes para dar de comer a las miles de personas que te seguían hambrientos por el desierto, curando a los enfermos, dando vista a los ciegos, resucitando muertos..., instituyendo la Iglesia y los sacramentos para nuestra santificación, hasta morir en la cruz para redimirnos...,

y luego resucitaste glorioso para enseñarnos que tú eres Dios y cuál era nuestro camino para lograr entrar en el cielo...

La devoción al Corazón de Jesús, tal cual hoy la practicamos, tiene sin duda su fundamento y origen en las revelaciones hechas a Santa Margarita de Alacoque, a la que, mientras estaba en vela ante el Santísimo Sacramento, se le apareció Jesús mostrando su divino Corazón, y le dijo: «He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres, y en recompensa no recibe más que ingratitudes, blasfemias y menosprecios...».

¡Oh, Jesús! Tú que nos has dejado plasmado en tu Evangelio el gran amor, que embargaba tu Corazón, amando a los niños, a los pecadores públicos, a las mujeres despreciadas y descarriadas, compadécete de nosotros y muévenos con tu gracia a detestar el pecado, a desagraviarte y venir todos los días a visitarte en el Sagrario donde has querido quedarte por nuestro amor.

¡Sagrado Corazón de Jesús, en Ti confío!

Día 21

PARA NUESTRO CONSUELO

(Tú eres) Padre de las misericordias, Dios de todo consuelo (2 Cor. 1, 3-4). *Acercaos con confianza al trono de la gracia para recibir allí misericordia con el auxilio oportuno* (Heb. 4, 16). *Cuando te invoco, oh, Dios de mi justicia!, óyeme. Tú*

que en la tribulación me salvas, ten piedad de mí y escucha mi súplica (Sal. 4, 2).

Sobre cada uno de nuestros sagrarios podríamos escribir estas palabras: «Para vuestro consuelo».

Señor, Tú sabes que es una reacción natural del corazón oprimido por las penas o tristezas de la vida, buscar alivio o consuelo, y ¡cuántas veces nos equivocamos!

Se busca alivio en las criaturas: amigos, personas allegadas, diversiones, etc., y aunque algunas dan algo de consuelo, resulta que éste es pasajero y el corazón queda vacío y desalentado.

—¿A dónde, Señor, puedo yo acudir en busca de consuelo sino en Ti? *«Mi Señor eres Tú, no hay bien para mí fuera de Ti»* (Sal. 16, 2).

Los santos dicen que «el único consuelo está en Dios y en su posesión». Por eso en el cielo no hay dolor, ni llanto, ni lágrimas; mas en la tierra en tanto viviremos consolados en cuanto vivamos unidos a Ti.

La Eucaristía eres Tú, Jesucristo, el «Todopoderoso», «Dios con nosotros» y para nosotros. Tú eres Aquel que con un solo acto de su voluntad creó el mundo (Sal. 148, 5); Aquel para quien nada hay imposible (Lc. 1, 37); Aquel que con sobreabundancia puede satisfacer a todas nuestras necesidades por muchas y muy grandes que sean (Ef. 3, 20)... En Ti confío. Tú eres el que puede consolarme, pues a la luz de tu Evangelio podemos deducir estas enseñanzas que nos das:

—«¿Estáis con solicitud por el día de maña-

na; la enfermedad os ha visitado? Sabed que el Dios del Tabernáculo alimenta a los pajarillos de los campos y viste de hermosura a los lirios de los prados. Tú, Señor, eres el dueño de la vida y de la muerte, puedes curarnos o al menos darnos gracia para padecer con paciencia: «Si tú quieres, puedes curarme» (Mt. 8, 2).

Tú eres el que lloraste sobre la tumba de Lázaro, tu amigo, y el que consolabas tiernamente a los afligidos, el que puedes decirme como a la viuda de Naím: «No llores» (Lc. 7, 13) y consolarme... Tú eres «el Dios de todo consuelo» (2 Cor. 1, 3)...

Tú, oh, Jesús, que eres mi Dios y que por amor a nosotros has querido permanecer en el Sagrario, concédeme la gracia de salir de mi tibieza y de poderte visitar en cualquier templo en que estés «sacramentado» todos los días de mi vida, y así pueda hallar el consuelo, la alegría y la paz que necesito.

¡Viva Jesús Sacramentado, viva y de todos sea amado!

Día 22

EL SEÑOR ES MI REFUGIO Y MI FORTALEZA

> *Señor, Dios mío, me refugio en ti; líbrame de todos los que me persiguen y ponme a salvo; que nadie arrebate mi alma como león, y la despedace y no haya quien me libre* (Sal. 7, 2-3).

Si el Señor es mi fortaleza y mi salud, ¿a quién temeré? Si el Señor protege mi vida, ¿de quién temeré? (Sal. 27, 1).

A Ti, Jesús mío, que estás en el sagrario por ser nuestro Dios y Salvador, te dirijo mi plegaria para que me defiendas de mis enemigos, que son muchos, y me des la gracia suficiente para vencerlos. Estos enemigos son: el mundo, demonio y carne y ellos dificultan en mí la práctica de la virtud y el cumplimiento de los mandamientos.

San Pablo nos da por supuesta la lucha: «No contra la carne ni la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra el espíritu malo del aire», o sea, contra los poderes infernales (Ef. 6, 12).

Para vencer estos obstáculos tenemos la virtud de la fortaleza. Nosotros con nuestras fuerzas naturales solamente perderemos la batalla, porque el demonio es más poderoso como un ángel malo.

Por eso, Señor, necesitamos al más Fuerte, te necesitamos a Ti, Jesús, Salvador nuestro, y así podremos exclamar con el apóstol San Pablo: «*Todo lo puedo en Aquel que me conforta*» (Fil. 4, 13). «*Confortaos en el Señor y en la fuerza de su poder*» (Ef. 6, 10).

Sabemos que la Eucaristía nos pone en contacto real con Cristo, y mediante ella participamos en su poder, y si vamos a comulgar con fe y con deseo de ser mejores poniendo de nuestra parte lo poco que podemos, la Eucaristía nos for-

talecerá la vida interior y lo mismo que el hombre desarrollado es más fuerte que el niño, así quien comulga es más fuerte que el que no lo hace.

El Catecismo Romano nos dice: «El manjar de la Sagrada Eucaristía, no solamente sustenta el alma, sino que le añade fuerzas y tiene virtud para librarnos de las tentaciones».

Señor, yo creo en tu verdad en la Eucaristía, creo en tus divinas palabras, en tu bondad, en tu misericordia, en tus gracias... Tú eres el Omnipotente y puedes fortalecer mi voluntad para el bien, tú eres mi refugio en el peligro, y por lo mismo espero seas mi fortaleza contra los enemigos de mi alma... En Ti confío para no ser confundido. Bendíceme.

Día 23

DIOS ES NUESTRO PROTECTOR

¿De dónde me vendrá el auxlio? Mi auxilio me viene del Señor que hizo el cielo y la tierra (Sal. 121, 1-2). Aguardo, Yahvé, *tu auxilio mientras practico tus mandamientos. Mi alma conserva tus enseñanzas y las amo sin medida* (Sal. 119, 166-167).

La Iglesia hoy como nunca necesita de hombres fuertes, capaces de superar todos los obstáculos que el ambiente, la sensualidad y el respeto humano pueden presentar, y que tiendan

al ideal de una vida de pureza, y para conquistarlo y contribuir a instaurar todo en Cristo deben acercarse a Cristo y alimentarse de Él, pan de los fuertes.

Pío XII, en el mensaje al XVI Congreso Eucarístico de Francia (25-6-1956), expuso así este pensamiento: «En la presente coyuntura, grave por muchos títulos, exhortamos a la juventud, a las familias, a las parroquias, a los institutos religiosos y a los movimientos de Acción Católica, a meditar ante la Hostia santa sobre el deber, más imperioso que nunca, de instaurar todo en Cristo.

Sobre los altares de vuestras ciudades y aldeas, Cristo está presente como manantial de salvación, fuente de gracias, fermento de nuestra unidad y de nuestra paz. Id a Él; vivid su vida, fundad sobre Él la obra de vuestra santificación y el aliento de vuestro apostolado; cimentad sobre Él la ciudad cristiana: «*No hay bajo el cielo otro Nombre dado a los hombres por el cual debemos salvarnos*».

También pidió este Pontífice «hombres, verdaderos hombres... y jóvenes que, siempre derechos, tiendan al ideal de una vida de pureza».

Dice la Escritura que después de haber comido el profeta Elías el pan que un ángel le trajo, se halló tan fuerte, que anduvo durante cuarenta días sin detenerse y sin tomar ningún alimento, hasta que llegó a la montaña de Dios (1 Rey. 19, 8). Y si tan sencillo alimento dio tanta fuerza al profeta, ¿qué fuerza no ha de comunicarnos la divina Eucaristía?

San Juan Crisóstomo dijo: «Nos retiramos de la sagrada mesa como leones que van al combate, porque somos entonces terribles para los demonios». Acercándonos con fe a comulgar, Cristo será nuestro protector y venceremos a los enemigos mortales de nuestra alma.

La Eucaristía es el remedio que cura todas las enfermedades del alma y a veces las del cuerpo.

¿Estáis enfermos de orgullo? Tomad la Eucaristía, es decir, tomad a Jesucristo, que se humilla hasta revestirse de la forma humana en la Encarnación, y de la forma del pan en la Eucarisía: este pan sagrado os hará humildes. ¿Estáis enfermos a consecuencia de los achaques de la carne? Bebed el vino que engendra las vírgenes...

Señor, Tú que estás en la Hostia santa y eres nuestro auxilio y protector, infunde en nuestra mente y en nuestros corazones el deseo de acercarnos cada día con más fe a Ti y ser curados de todas las enfermedades que nos aquejan.

Día 24

JESUS DEFENSOR DE LOS PECADORES

Os escribo esto para que no pequéis. Si alguno peca, abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo, justo. Él es propiación por nuestros pecados (1 Jn. 2, 1-2). *Yo no he venido a buscar a los justos, sino a los*

pecadores (Mt. 9, 13). *Jesús dijo: Mujer, ¿dónde están (tus acusadores)? ¿Nadie te ha condenado? Dijo ella: Nadie, Señor. Jesús replicó: Tampoco yo te condeno. Vete y no peques más* (Jn. 8, 10-11).

Veo, Señor, cuán grande es tu misericordia. Tú eres el ofendido por mis pecados, y si me arrepiento de ellos, te conviertes en mi defensor ante la justicia divina.

Tenemos ejemplos admirables en el Evangelio de cómo Tú ejercías el oficio de defensor de los pecadores arrepentidos durante tu vida mortal.

Uno de ellos es el de la mujer adúltera. ¡Cómo la defendiste y con qué delicadeza para no abochornarla! Y así dijiste a sus acusadores: «Quien de vosotros esté limpio de pecado, tire contra ella la primera piedra...». Todos callaron y se retiraron, sobrecogidos de vergüenza. Te quedas solo, Tú, la suma misericordia, frente a aquella mujer, la suma miseria, y le preguntas: ¿Nadie te ha condenado? Nadie, Señor, te responde, y le dices: «Pues Yo tampoco te condeno; vete en paz y no quieras pecar más».

Otro día aceptaste el convite que te ofreció el publicano Mateo para celebrar su llamamiento al apostolado, y cuando los escribas y fariseos, que se sentaron también a la mesa y decían que eras amigo de los pecadores y comías con ellos, y esto hería al nuevo apóstol, saliste a su defensa, diciendo a todos: *No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.*

También defendiste a la Magdalena, pública pecadora, a la que convertiste con tu gracia, al verla arrepentida y arrojada a tus pies, que bañaba con sus lágrimas.

Este fue el oficio constante de tu vida mortal: defender a cuantos acudían a ti en demanda de protección, y esta misma conducta la seguirás practicando hasta la consumación de los siglos en la santa Eucaristía en favor de cuantos vengan a visitarte.

Ahora, ante Ti, que eres mi Dios, te digo como un día te dijo tu rey David: «Perdona mi pecado, porque es muy grande». Tú conoces la flaqueza de mi corazón, la debilidad de la arcilla que tú formaste; yo soy la misma fragilidad y Tú no lo ignoras; ten, pues, piedad de mí por tu gran misericordia. Sosténme ya para siempre en el camino del bien con tu gracia, «olvida los pecados y extravíos de mi frágil y ciega juventud», y acuérdate de que a pesar de mi miseria, soy alma tuya rescatada con tu preciosísima sangre.

Día 25

OREMOS

Es preciso orar siempre y no desfallecer (Lc. 18, 1). *Pedid y recibiréis...* (Jn. 16, 24). *Jesús salió hacia la montaña para orar, y pasó la noche orando a Dios* (Lc. 6, 12). *Mucho vale la oración perseverante del justo* (Sant. 5 16).

En verdad os digo que si dos de vosotros convinieseis sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os lo otorgará mi Padre, que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mt. 18, 19-20).

Señor, Dios mío, que nos instruyes sobre la oración y nos enseñaste la del Padrenuestro, haz que nos penetremos de su valor.

Y ¿qué oración? Tus santos convienen en decir: «Oración no es otra cosa que hablar con Dios, conversar y tratar íntimamente con su divina Majestad, amarla, suplicarle, pedirle bienes y darle gracias». La oración es elevación de la mente a Dios, despegar el alma del suelo y elevarla hacia Dios. ¡Cuán fácil es la oración! Ora el niño que pide algo a su madre y ora el pobre necesitado que pide al que puede socorrerlo, y nosotros estando tan necesitados ¿a quién podemos dirigir nuestras peticiones mejor que a Dios que es omnipotente y puede socorrernos?

Siendo esto, Señor, la oración, ¿qué hemos de hacer al venir al templo y postrarnos ante Ti, sino hablar contigo, alabarte, darte gracias, pedirte aquello que más necesitamos? Tú lo sabes todo...

Nuestra oración, al venir a visitarte, será ponernos en tu presencia, hablarte de nuestras cosas, tentaciones, necesidades y preocupaciones... y pedirte gracias para ser mejores...

Y ¿cómo poder cumplir con el precepto de

orar sin intermisión en medio de nuestras ocupaciones? Los santos responden:

— «Orar siempre es hacerlo todo para agradar a Dios» (San Agustín).
— «El que se porta bien, ora sin cesar; su vida es una continua oración» (San Basilio).

La oración es de suma importancia, pues como dice San Alfonso María de Ligorio: «En que ora, se salva; y el que no ora, se condena»..

Santa Teresa de Jesús dice: «Quiero enseñaros cómo habéis de rezar *vocalmente*, porque es razón entendáis lo que decís... No nos contentemos con sólo pronunciar palabras, porque cuando digo *Credo*, razón me parece será que entienda y sepa lo que creo, y cuando *Padre nuestro*, quién es el Maestro que nos enseñó esta oración» (Cam. 24, 2).

«Si hablando estoy enteramente entendiendo y viendo que hablo con Dios con más advertencia que en las palabras que digo, juntas están oración mental y vocal» (Cam. 22, 1).

Señor, concédeme la gracia de aprender cada día mejor a orar y reparar mis ofensas y las de mis hermanos los hombres...

Día 26

HAGAMOS EL BIEN

Jesús pasó haciendo bien a todos (Hech. 10, 38). *No te dejes vencer del mal, antes*

bien vence al mal con el bien (Rom. 12, 21). *No nos cansemos de hacer el bien, que a su tiempo cosecharemos, si no desfallecemos. Por consiguiente, mientras hay tiempo, hagamos bien a todos* (Gál. 6, 9-10).

Señor, yo creo firmemente que Tú (que estás aquí en el sagrario por nuestro amor) eres el que pasaste por este mundo haciendo bien a todos: curando enfermos, socorriendo a necesitados, y dijiste también: «os he dado ejemplo para que me imitéis»... y por eso te pido hoy la gracia de poderte imitar y de aprovechar bien el tiempo haciendo alegremente el bien y así hacer fecunda mi existencia...

Muchos son los ejemplos y enseñanzas que nos has dejado en los Libros Santos para que aprendamos de Ti. Nos enseñas el valor de la humildad y de la caridad, el desprendimiento de los bienes de la tierra, diciéndonos que «hay mayor dicha en dar que en recibir» (Hech. 20), 31), que «teniendo con qué comer y vestir, ya debemos estar contentos» (1 Tim. 6, 8), y «si abundan las riquezas, no apeguemos nuestro corazón a ellas» (Sal. 62, 11). Además debemos «practicar el bien, enriqueciéndonos de buenas obras, siendo liberales, dadivosos y atesorando para el futuro y así alcanzar la verdadera vida» (1 Tim. 6, 17-19), porque el cielo se compra con el desprendimiento, y debemos tener presente que estamos en la tierra de paso, y al morir no

llevaremos nada con nosotros a excepción de las buenas obras.

También nos enseñas a huir de la mentira, de la murmuración, de la impureza y de toda clase de pecados, y nos exhortas a amar la virtud, porque «la virtud engrandece a los pueblos, mientras que el pecado los hace miserables» (Prov. 14, 34).

Pasa el tiempo y con él los hombres y las cosas...; pero la obra del que pasa haciendo el bien, al igual que Tú, Señor, lo hacías, no pasa jamás.

Después de todo, sólo hay en el mundo tres cosas de valor: ser bueno, hacer el bien y manifestarlo con plácida sonrisa.

Haz, Jesús mío, que aprenda a tener siempre presente este adagio: «Haz bien, y no mires a quien».

¡Viva Jesús sacramentado, viva, y de todos sea amado!

Día 27

LA BIBLIA, PALABRA DE DIOS

> *La palabra de Dios es viva, eficaz y tajante, más que una espada de dos filos* (Heb. , 12). *Toda la Escritura está inspirada por Dios y es útil para enseñar, para arguir, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y consumado en toda obra buena* (2 Tim. 3, 16-17). *Todo cuanto está escrito (en la Biblia), para nuestra ense-*

ñanza fue escrito, a fin de que por la paciencia y consolación de las Escrituras estemos firmes en la esperanza (Rom. 15,).

Señor, hoy vengo ante Ti, presente en la Eucaristía, a hacer una reflexión sobre la Santa Biblia por contener tus enseñanzas, y por ser como nos dice el Concilio de Trento «la palabra de Dios escrita», y por serlo sé que cuando la leo, Tú me hablas y me instruyes.

Concédeme la gracia de penetrar más en tu conocimiento y en cuanto nos enseñas en ella. Yo sé que la Biblia trata de Ti, porque Tú mismo lo dices así: «Investigad las Escrituras... porque ellas dan testimonio de Mí (Jn. 5, 39). «Conviene que se cumpla todo lo que está escrito de Mí en la Ley, en los Profetas y en los Salmos» (Lc. 24, 44).

La Biblia, Señor, es tu libro, el que tú nos has escrito valiéndote de hombres a quienes has inspirado, moviéndolos a poner por escrito todo y sólo lo que Tú has querido.

San Gregorio Magno nos dice: «La Sagrada Escritura es una carta de Dios omnipotente a su criatura», y San Agustín y San Juan Crisóstomo se han expresado de un modo similar al decir: «Las Escrituras son una carta dirigida por el Padre celestial y transmitida por los autores sagrados al género humano que viaja lejos de su patria».

Si el Papa o un personaje ilustre nos escribiera una carta, ¿no sentiríamos avidez por abrirla y leerla para saber qué nos decía?, y sien-

do la Biblia una carta del mismo Dios, ¿no nos sentiremos impulsados a leerla constantemente hasta conocer bien el mensaje que ha querido comunicarnos?

«Muchas veces y en muchas maneras Dios nos ha hablado antiguamente por medio de los profetas, y últimamente en estos días sin intermediarios, o sea, por su Hijo Jesucristo» (Heb. 1, 1). Las palabras de Dios, dichas por los profetas, las tenemos en el Antiguo Testamento, y las de Jesucristo en el Nuevo, especialmente en los Evangelios, y por eso debemos leerlos frecuentemente. Las palabras principales de este libro de «Visitas al Santísimo» están tomadas de la Biblia, pues por ella sabemos las palabras empleadas por Jesucristo en la «promesa de la Eucaristía» y en la «institución» de la misma...

Haz, Señor, que sepa apreciar y tener en gran estima tus palabras e instrúyeme por medio de ellas. Tus santos nos dicen:

— Leer las Escrituras es un poderoso preservativo contra el pecado (S. J. Crisóstomo). «Leed con frecuencia las Escrituras, amad esta ciencia... y no amaréis los vicios de la carne» (San Jerónimo). «Toda la Biblia nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestras miradas al cielo, donde se halla la verdadera y suprema felicidad» (San Agustín).

Señor, haz con tu gracia que yo sea asiduo en leer los Libros Santos y llevar a la práctica sus enseñanzas, y que tenga presente que la norma de nuestra fe es la Biblia interpretada por el Magisterio de la Iglesia.

Día 28

DIOS ES INMENSO Y OMNISCIENTE

(Señor, la Biblia nos da grandes lecciones de tu inmensidad y omniscencia, y ante Ti, presente en la Eucaristía, vengo a reflexionar sobre estas tus palabras:

—Os, Yahvé, Tú me penetras y me conoces; tú conoces cuando me siento y cuando me levanto, y de lejos entiendes mi pensamiento. Disciernes cuando camino y cuando descanso, te son familiares todas mis sendas. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y ya Tú, Yahvé, lo sabes todo...

Oh, Dios... ¿adónde huir de tu presencia? Si subiera a los cielos, allí estás presente. Si dijere las tinieblas son densas para Ti, y la noche luciría como el día, pues tinieblas y luz son iguales para Ti (Sal. 139, 1-12).

¿Hasta cuándo los malvados triunfarán, proferirán necedades con lenguaje arrogante todos los obradores de iniquidad? Oprimen a tu pueblo, Señor, y devastan tu heredad; asesinan a la viuda y al extranjero, y matan a los huérfans. Y dicen: «El Señor no lo ve, el Dios de Jacob nada sabe».

Entendedlo necios del pueblo, insensatos, ¿cuándo discurriréis? El que plantó el oído, ¿no va oír?; el que formó el ojo, ¿no va a ver? El que educa a los pueblos, ¿no va a castigar? El

Señor conoce los pensamientos de los hombres y sabe cuán vanos son (Sal. 94, 3-11).

Por mucho que uno se esconda en escondrijos, ¿no lo veré Yo? ¿No lleno Yo los cielos y la tierra?, dice el Señor (Jer. 23, 23-24).

Los ojos de Yahvé están en todas partes, observando a los buenos y a los malos (Prov. 15, 3). *Todas las cosas están patentes y manifiestas a los ojos de Dios* (Heb. 5, 13).

Dios no está lejos de nosotros, porque en Él vivimos, nos movemos y existimos (Hech. 17, 27).

El Espíritu del Señor llena el universo, y el que todo lo abarca tiene conocimiento de cuanto se dice... Guardaos, pues, de murmuraciones inútiles, preservaos de la lengua mal hablada, porque la palabra más secreta no quedará impune (Sab. 1, 7 y 11).

Grande y poderoso es nuestro Señor, y su inteligencia es inenarrable (Sal. 147, 5). *Si quisiéramos dignamente alabarte, jamás llegaríamos, porque es mucho más grande que todas sus obras... Cuando alabáis al Señor, alzad la voz cuanto podáis, que está muy por encima de vuestras alabanzas* (Eclo. 43, 30-34).

Presencia de Dios. Dios está en todas partes. «Los ojos del Señor contemplan toda la tierra» (2 Cr. 16). «La presencia de Dios es un remedio contra todos los vicios» (San Basilio).

«Pecad donde estéis seguros que no está Dios. ¡Ah!, ningún lugar hay fuera de este Ser Infinito» (San Bernardo).

Si pensáramos que Dios nos ve, nunca o casi nunca pecaríamos (S. Tomás).

El olvido de Dios es la causa de todos los males. Señor, concédeme la gracia de caminar siempre bajo tu mirada.

Día 29

EL ESPIRITU SANTO

Recibiréis el poder del Espíritu Santo y seréis mis testigos en Jerusalén... y hasta los confines de la tierra (Hech. 1, 8).

Al cumplirse el día de Pentecostés, estando todos (los apóstoles con la Madre de Jesús) en un lugar, se produjo de repente un ruido proveniente del cielo como el de un viento que sopla impetuosamente, que invadió toda la casa en que residían. Aparecieron, como divididas, lenguas de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos, quedando todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según que el Espíritu les otorgaba expresarse (Hech. 2, 1-4).

¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros? (1 Cor. 6, 9).

San Pablo preguntó un día a sus discípulos de Efeso si habían recibido el Espíritu Santo, y le contestaron: *«Ni siquiera hemos oído si hay*

Espíritu Santo» (Hech. 19, 2). Si a muchos católicos de nuestros días hiciéramos la misma pregunta, ¿no obtendríamos idéntica respuesta?

El Espíritu Santo es poco conocido, y sin embargo «Él es el alma de la Iglesia, pues lo que es el alma con relación al cuerpo, al que le da vida, así el Espíritu Santo vivifica a la Iglesia de Dios (S. Agustín).

Por la Biblia sabemos que la venida del Espíritu Santo no terminó el día de Pentecostés. Jesucristo, que nos mereció este don para todos los hombres, se lo envió a los apóstoles, y se lo sigue enviando a todos sus discípulos cuando se hacen cristianos, por eso el apóstol Pedro, a los compungidos por su discurso ,les contestó: «Arrepentíos y bautizaos en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hech. 2, 37-38).

Los infieles salen del pecado por el arrepentimiento o detestación del pecado y por el bautismo, y entonces su alma queda convertida en templo del Espíritu Santo. Por eso San Pablo dice: «*Vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo...* Glorificad a Dios en vuestro cuerpo» (1 Cor. 6, 19-20).

Después del bautismo, el que comete un pecado mortal arroja al Espíritu Santo que habitaba en su alma como «huésped», y para que vuelva a habitar en ella tiene que recibir otro sacramento, el de la penitencia, y si va a comulgar debe ir ya sin pecado, o sea, en gracia de Dios. Después por la Eucaristía aumenta en él la vida sobrenatural y recibe mayor efusión del Espíritu

Santo. En la Biblia leemos: «*Nadie puede decir Señor Jesús si no es en el Espíritu Santo*» (1 Cor. 12, 3). De aquí la importancia de acudir al Espíritu Santo en nuestras Visitas al Señor.

El Espíritu Santo reside plenaménte en la sagrada Humanidad de Jesucristo, y por eso al acercarnos a la comunión y a la Misa debemos acudir a Él diciendo las palabras de la Liturgia de Pentecostés:

«Ven, ¡oh, Espíritu Santo!, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor». «Lava lo que está manchado, riega lo que está seco; ablanda lo que está duro».

Cuando el sentimiento de imperfecciones y pequeñez nos oprima y nos impulse a apartarnos de la Eucaristía, acudamos al Espíritu Santo, que es el «Espíritu del Padre» (Mt. 10, 20) y también el «Espíritu del Hijo» (Gál. 4, 6), que nos enseñe e inspire lo que debemos hacer para que nuestra alma sea templo suyo y de la Santísima Trinidad, porque Jesucristo nos dice: «Si alguien me ama —si vive en gracia— mi Padre le amará y vendremos a él (¿quiénes?, las tres divinas Personas) y estableceremos dentro de él nuestra morada» (Jn. 14, 23). Inspírame, Señor, lo que debo hacer y que sea fiel a tus mandamientos.

Día 30

LA VIRGEN MARIA

El ángel Gabriel fue enviado de parte de Dios a una ciudad de Galilea, llamada

Nazaret, a una virgen..., el nombre de la Virgen era María, y le dijo: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo... Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre (Lc. 1, 26-28, 42).

Todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mí cosas grandes el Poderoso, cuyo nombre es santo (Lc. 1, 48-49).

«*María, de la cual nació Jesús, por sobrenombre Cristo*» (Mt. 1, 16). «*Eres toda hermosa y no hay mancha en ti*» (Cant. 4, 7).

¡La Inmaculada y la Eucaristía! He aquí dos verdades íntimamente unidas, los dos grandes amores de España y que nos recuerda el cántico: «Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar, y la Virgen concebida sin pecado original».

La Iglesia nos presenta a la Virgen María como la mujer más pura, más bella e Inmaculada, y nos invita en su liturgia a cantar en su honor: «Toda hermosa eres María y no hay en ti mancha de pecado original».

¿Por qué la Virgen María es Inmaculada y se nos presenta como la mujer más bella y pura de todas? Porque la revelación divina y el Magisterio supremo de la Iglesia nos lo dicen, porque es un dogma fundamentado en la Biblia (Gén. 3, 15; Lc. 1, 28) y en otro dogma el de la Maternidad divina, y aparece como la escogida de entre todas las mujeres para ser Madre de Jesucristo, el Redentor del género humano. En

el A. y en N. T. se nos revela que la Virgen María es la Madre de Dios (Gál 4, 4; Mt. 1, 1). Este dogma de la Maternidad divina es el fundamento de todas prerrogativas o grandes privilegios de la Virgen.

Dios quiso venir a la tierra por medio de ella, y bien podemos dirigirnos también a ella y decirle: ¡Oh, María! Tú eres la Virgen más pura, verdadero Tabernáculo y el primer Sagrario de la tierra, y por eso fuiste preservada de toda mancha de pecado original y actual, y te nos presentas como modelo de pureza y la más bella de todas las criaturas. Tú eres Inmaculada por Cristo, y nosotros seremos puros por Él, recibiéndole dignamente en la Eucaristía. .

Tú eres la mujer más excelsa de todas por ser la «llena de gracia», «la bendita o más alabada entre todas las mujeres», «la Madre del Altísimo»... (Lc. 1), y como nos dice el Vaticano II, «tú ocupas después de Cristo, el lugar más alto y más cercano a nosotros, porque tú, después de tu Hijo, por la gracia de Dios, fuiste exaltada sobre todos los ángeles y los hombres (LG. 63).

Fuiste concebida sin pecado original en atención a los méritos de tu Hijo, el Redentor del mundo, y tu redención *no fue liberativa* del pecado ya contraído, sino *preservativa* que te impidió caer en él.

Eres Inmaculada por haber sido destinada a ser la Madre de Dios.

El Papa Pío IX el 8 de diciembre de 1854 por la Bula «Ineffabilis Deus» te proclamó Inmacu-

lada, y tú lo confirmaste en la aparición a Santa Bernardita Soubirous el 25 de marzo de 1958 al decirle: **YO SOY LA INMACULADA CONCEPCION** y por los innumerables milagros allí realizados. Tú como Mediadora ante el Mediador Jesús, intercede por nosotros. Tú, que te apareciste con el Rosario en Lourdes y en Fátima, haz que seamos amantes de esta devoción y te invoquemos como a verdadera Madre de Dios y como Madre nuestra espiritual.

¡Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos!

Día 31

FIN DEL HOMBRE

> *Dios señaló al hombre un número contado de días y le dio el dominio sobre toda la tierra... Dióle lengua, ojos, oídos y un corazón inteligente... para que viera la grandeza de sus obras, PARA QUE ALABARA SU SANTO NOMBRE y pregonara la grandeza de sus obras... y les dijo: Guardaos de toda iniquidad* (Eclo. 17, 3-11).
>
> *¡Oh Dios!, dame a conocer mi fin y cuál sea la medida de mis días; que sepa cuán caduco soy* (Sal. 38, 6). *Del Señor es el orbe de la tierra y cuantos la habitan* (Sal. 24, 1). *Dios nos hizo y somos suyos* (Sal. 100, 3).

En este último día de mes vengo a hacer ante Ti, Señor, que estás en el Sagrario por mi amor, una breve reflexión sobre el fin para que me has creado.

Soy hechura tuya, obra de tus manos, me has creado «para que te alabe» y «me guarde de toda iniquidad».

El mundo es «redondo» y mi corazón «triangular», y por ser el mundo redondo, veo que no se adecúa todo él a mi corazón, no llena sus aspiraciones infinitas que has puesto en él y por eso reconozco que son vanidad las riquezas, los honores y los placeres.

— Veo que *Salomón* gozó de toda clase de placeres y riquezas, y al fin de su vida dijo: «Todo es vanidad»...

— San Agustín, después de su vida de pecado, se volvió a Ti, y clamó: «Nos hiciste, Señor, para Ti, e inquieto está mi corazón mientras no descanse en Ti».

— *Eva Lavalière*, la célebre artista de París, dijo un día a su amiga: «Tengo oro, plata, autos y cuanto se pueda tener en esta vida y te digo que soy la más desgraciada de las mujeres».

Sólo cuando se volvió a Dios por el arrepentimiento y una sincera confesión de sus pecados, fue cuando dijo: «Nunca he sido tan feliz como el día que encontré a mi Dios».

Dios nos creó para Él. Sólo Dios infinito puede colmar las aspiraciones que ha puesto en nuestro corazón. Nuestra felicidad está en conocerle, amarle y servirle, y esto es «glorificar a Dios», y aunque Él es eternamente feliz y no necesita nada

de nosotros, si quiere que le glorifiquemos es para nuestro bien. «No crece Dios con nuestras alabanzas, ni se hace mejor porque le alabes, ni peor si le vituperas. Tú alabándole te haces mejor y vituperándole te haces peor. Él sigue siendo el mismo» (S. Agustín).

Nuestro fin está, pues, en conocerle, conocer sus enseñanzas que tenemos en el Evangelio, conocer su obra de amor, la Redención: «Me amó y se entregó a la muerte por mí», y su permanencia en el Sagrario: «Sus delicias son estar con los hijos de los hombres».

Señor, haz que yo sepa corresponder a tanto amor y sepa servirte como me dices: «Teme a Dios y guarda sus mandamientos» (Ecl. 12, 8 y 13). A esto se reduce el ser del hombre, para esto fui creado, y éste es el camino que me has señalado para llegar al cielo:

«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos» (Mt. 19, 17).

LOS QUINCE MINUTOS EN COMPAÑIA DE JESUS SACRAMENTO

No es preciso, hijo mío, saber mucho para agradarme mucho; basta que me ames con fervor. Háblame, pues, aquí sencillamente, como hablarías al más íntimo de tus amigos, como hablarías a tu madre, a tu hermano.

¿Necesitas hacerme en favor de alguien una súplica cualquiera? Dime su nombre, bien sea el de tus padres, bien el de tus hermanos y amigos; dime en seguida qué quisieras que hiciese actualmente por ellos. Pide mucho, mucho, no vaciles en pedir: me gustan los corazones generosos que llegan a olvidarse en cierto modo de sí mismos, para aten edra las necesidades ajenas. Háblame así, con sencillez, con llaneza, de los pobres a quienes quisieras consolar; de los enfermos a quienes ves padecer, de los extraviados que anhelas volver al buen camino, de los amigos ausentes que quisieras ver otra vez a tu lado. Dime por todos una palabra siquiera; pero palabra de amigo, palabra entrañable y fervorosa. Recuérdame que he prometido escuchar toda súplica que salga del corazón, y ¿no ha de salir del corazón el ruego que me dirijas por aquellos que tu corazón más especialmente ama?

¿Y para ti, no necesitas alguna gracia? Hazme, si quieres, una como lista de tus necesidades y ven, léela en mi presencia.

Dime francamente que sientes orgullo, amor a la sensualidad y al regalo; que eres tal vez egoísta, inconstante, negligente... y pídeme luego, que venga en ayuda de los esfuerzos, pocos o muchos, que haces para sacudir de encima de ti tales miserias.

No te avergüences, ¡pobre alma! ¡Hay en el cielo tantos y tantos justos, tantos y tantos santos de primer orden que tuvieron esos mismos defectos! Pero rogaron con humildad... y poco a poco se vieron libres de ellos.

Ni menos vaciles en pedirme bienes espirituales y corporales; salud, memoria, éxito feliz en tus trabajos, negocios, o estudios... todo eso puedo darte, y lo doy y deseo me lo pidas en cuanto no se oponga, antes favorezca y ayude a tu santificación. Hoy por hoy, ¿qué necesitas?, ¿qué puedo hacer por tu bien? ¡Si supieses los deseos que tengo de favorecerte!

¿Traes ahora mismo entre manos algún proyecto? Cuéntamelo todo minuciosamente. ¿Qué te preocupa?, ¿qué piensas?, ¿qué deseas?, ¿qué puedo hacer por tu hermano, por tu hermana, por tu amigo, por tu superior?, ¿qué desearías hacer por ellos?

Y por mí, ¿no sientes deseos de mi gloria? ¿No quisieras poder hacer algún bien a tus prójimos, a tus amigos, a quienes amas tal vez mucho y que viven quizás olvidados de mí?

Dime qué cosa llama hoy particularmente tu atención, qué anhelas más vivamente y con qué medios cuentas para conseguirlo. Dime si te sale

mal tu empresa, y yo te diré las causas de tu mal éxixto. ¿No quisieras interesarme algo en tu favor? Soy, hijo mío, dueño de los corazones, y dulcemente los llevo sin perjuicio de su libertad, a donde me place.

¿Sientes acaso tristeza o mal humor? Cuéntame, cuéntame, alma desconsolada, tus tristezas con todos sus pormenores. ¿Quién te hirió?, ¿quién lastimó tu amor propio?, ¿quién te ha menospreciado? Acércate a mi Corazón, que tiene bálsamo eficaz para todas estas heridas del tuyo. Dame cuenta de todo, y acabarás en breve por decirme, que a semejanza de mí todo lo perdonas, todo lo olvidas, y en pago recibirás mi consoladora bendición.

¿emes por ventura? ¿Sientes en tu alma aquellas vagas melancolías, que no por ser injustas dejan de ser desgarradoras? Echate en brazos de mi providencia. Contigo estoy; aquí a tu lado me tienes; todo lo veo, todo lo oigo, ni un momento de desamparo.

¿Sientes desvío de parte de personas que antes te quisieron bien, y ahora olvidadas se alejan de ti sin que les hayas dado el menor motivo? Ruega por ellas, y yo las volveré a tu lado si no han de ser obstáculo a tu santificación.

¿¿Y no tienes tal vez alegrías que comunicarme? ¿Por qué no me haces partícipe de ellas a fuer de buen amigo? Cuéntame lo que desde ayer, desde la última visita que me hiciste ha consolado y hecho como sonreír tu corazón. Quizá has tenido agradables sorpresas, quizá has vis-

to disipados negros recelos, quizá has recibido faustas noticias, una carta, una muestra de cariño; has vencido una dificultad, salido de un lance apurado... Obra mís es todo esto, y yo te lo he proporcionado; ¿por qué no has de manifestarme por ello tu gratitud y decirme sencillamente como un hijo a su padre: ¡Gracias, padre mío, gracias! El agradecimiento trae consigo nuevos beneficios porque al bienhechor le agrada verse correspondido.

¿Tampoco tienes promesa alguna que hacerme? Leo, ya lo sabes, el fondo de tu corazón: a los hombres se engaña fácilmente, a Dios no; háblame, pues, con toda sinceridad. ¿Tienes firme resolución de no exponerte ya más a aquella ocasión de pecado?, ¿de privarte de aquel objeto que te dañó?, ¿de no leer más aquel libro que exaltó tu imaginación?, ¿de no tratar más a aquella persona que turbó la paz de tu alma?

¿Volverás a ser dulce, amable y condescendiente con aquella otra a quien por haberte faltado miraste hasta hoy como enemiga?

Ahora, bien, hijo mío, vuelve a tus ocupaciones habituales, a tu taller, a tu familia, a tu estudio..., pero no olvides los quince minutos de grata conversación que hemos tenido aquí los dos, en la soledad del santuario. Guarda en lo que puedas silencio, modestia, recogimiento, resignación, caridad con el prójimo. Ama a mi Madre que lo es tuya también, la Virgen santísima... y vuelve otra vez mañana con el corazón más

amoroso todavía, más entregado a mi servicio: en el mío encontrarás cada día nuevo amor, nuevos beneficios, nuevos consuelos.

JACULATORIA: *«Señor, auméntanos la fe»* (Lc. 17, 5).

INDICE

Día 1. ¡Dios está aquí! ¡Venid a adorarle! 4
Día 2. Acto de fe 6
Día 3. Las visitas al Santísimo (1) . . . 8
Día 4. Las Visitas al Santísimo (2) . . . 11
Día 5. La creación nos habla de Dios . . 13
Día 6. La grandeza de Dios y nuestra pequeñez 15
Día 7. Adoremos al Señor 16
Día 8. Avivemos nuestra fe en la Eucaristía 18
Día 9. La iglesia, Casa de Dios 20
Día 10. Seamos dignos de hospedar al Señor 22
Día 11. El pan del cielo 24
Día 12. Disposiciones para comulgar (1) . 26
Día 13. Disposiciones para comulgar (2) . 28
Día 14. ¿Por qué debemos comulgar frecuentemente? 30
Día 15. Jesucristo, fuente de vida . . . 32
Día 16. La Santa Misa 34
Día 17. ¿Para qué viene el Señor a nosotros? 37
Día 18. La Pasión de N.S. Jesucristo . . 39
Día 19. Valor del sufrimiento 41
Día 20. El Corazón de Jesús 44
Día 21. Para nuestro consuelo 46
Día 22. El Señor es mi refugio y mi fortaleza 48
Día 23. Dios es nuestro protector . . . 50

Día 24. Jesús defensor de los pecadores . 52
Día 25. Oremos 54
Día 26. Hagamos el bien 56
Día 27. La Biblia, palabra de Dios . . . 58
Día 28. Dios es inmenso y omnisciente . . 61
Día 29. El Espíritu Santo 63
Día 30. La Virgen María 65
Día 31. Fin del hombre 68
Los quince minutos en compañía de Jesús
Sacramentado 71